

CRUJERA: LPGC SKYLINE

Juan Ezequiel Morales

El pintor Alfonso Crujera expone en la sala del Cicca una visión del skyline de la ciudad de LPGC, nacida del panorama que las más de las veces contempla al salir de su domicilio en el norte de la isla y acercarse a la ciudad. La sencillez del tema hace que excrete su creatividad en los colores, en tanto el paisaje se repite, pero nunca cansinamente, gracias a que se trata de la forma eterna de la ciudad, forma tranquilizante si no cambia o si lo hace despacio, y que nos intranquilizaría adversamente si de repente se transformara con velocidad. En conversación con el artista derivamos a una antigua serie suya, de 1982, la denominada de los "Aras", en la que dividió en dos el mundo, el mundo real y el submundo, como advirtiendo un final catastrófico, y lo plasmó sobre siete series de siete cuadros a cual más engendrado desde la catástrofe épica. En aquella serie la ciudad no estaba identificada, y se mostraba el inframundo. En esta serie de LPGC reconocemos el lugar y no hay una catástrofe que se cierna sobre el mismo, sino un cierto aspecto hogareño: el inframundo está olvidado. Claro, las tensiones históricas eran otras, el Muro de Acero aún no había caído, y cada vez daba más pavor. Ahora, en el skyline de LPGC, surge el alba con colores luminosos, vuelve la luminosidad a la cara no oculta de la vida cotidiana, a un skyline siempre igual, acaso creciente pero despaciosamente a través de acontecimientos comerciales, grúas y proyectos en los que de cuando en cuando viene una Luzardo o un Soria y quieren cinco rascacielos, lo discuten las oposiciones y traen los rascacielos al piso, y vuelve la oposición y revuelven y se proyectan otra vez gigantescos edificios en la zona portuense. En fin, los trasiegos de los políticos, los seres más payasos que nunca ha habido, pero entretanto, el skyline toma cuerpo y crece calmoso y estético. Crujera se ha apoyado en un arquetipo perdurable, secular, y con ello trae la tranquilidad del refugio en medio del Atlántico a las retinas y de ahí a las correspondientes áreas visuales posteriores del cerebro, adonde llevan sosiego al córtex, la serenidad del hogar. La contraposición a todo ello, la prospección en el mundo y su inframundo, la contemplación del orbe en frenética transformación, con tormentas caóticas e histéricas explosiones telúricas para cambiarlo escatológica y apocalípticamente, ya quedó atrás en aquellos "Aras" de 1982. Pero las crisis siempre vuelven montadas en el mito del eterno retorno. Apenas unos metros más allá del Cicca, que no existía, en la plaza del hotel Madrid, discutíamos en los setenta sobre ello Crujera y yo, y en aquella época pululaba Antonio Zaya, hoy fenecido, y al oírnos hablar de cosas prohibidas nos miraba con espanto lisérgico. Hoy, media docena de señoras con sensibilidad miran los cuadros del skyline de LPGC y se acercan para medirlos, para comprobar si quedan bien en el salón de sus casas. Es el estructuralismo de lo crudo y lo cocido, del oso y el barbero, de la estepa y el hogar, de Eliade y de Levi-Strauss. Está lo uno, pero también lo otro.

La provincia. 20-diciembre-2007